

Nosferatu. Revista de cine (Donostia Kultura)

Título:
John Carradine. La dignidad de lo frágil

Autor/es:
Savater, Femando

Citar como:
Savater, F. (1996). John Carradine. La dignidad de lo frágil. Nosferatu. Revista de cine. (20):32-33.

Documento descargado de:
<http://hdl.handle.net/10251/40954>

Copyright:
Reserva de todos los derechos (NO CC)

La digitalización de este artículo se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



donostiakultura.com



John Carradine

La dignidad de lo frágil

Fernando Savater

Como otras pasiones menos confesables, el amor por John Carradine tiene junto a jubilosas grandezas no pocas servidumbres. Durante años mi devoción por él me ha llevado a tragarme las más disparatadas series sub-Z tanto europeas como americanas, en las que el viejo

actor -sabedor del próximo final no ya de su carrera sino de su vida- aceptaba aparecer casi gratuitamente. Digo "aparecer" (no "trabajar" o "interpretar") porque Carradine se limitaba a insinuarse brevemente como un fantasma, a veces sólo pocos segundos, en la cinta -que para mayor fan-

tasmagoría solía ser de género terrorífico- con el fin de que su nombre pudiese aparecer en los títulos de crédito y así se promocionase algo más el boddio. Que conste que no lo cuento como un reproche, al contrario. Me parece muy simpática esta disposición nunca desmentida y generosa en ex-

ceso del viejo John a echarle una mano a los principiantes. Es como si dijese: "*a fin de cuentas, a mí que más me da ya: ¡adelante, chicos!*". En cierto modo, se parece a la anécdota más traviesa que conozco de Michel Foucault: recibía invitaciones de todos los continentes por lo que su agenda era la más repleta y complicada del mundo pero cuando supo que iba a morir envió cartas aceptando todos sus compromisos "a la vez". Como ya no iba a cumplir con nadie, por lo menos quiso dar una última satisfacción a los organizadores y figurar en todos los programas: "*¡adelante chicos, buena suerte!*". Por cierto, John Carradine murió mientras asistía como estrella invitada a un pequeño festival europeo de cine fantástico...

En cine, el amor a algunas grandes actrices y actores se funda en la predilección por inolvidables papeles protagonistas que han interpretado; pero el amor verdaderamente sublime en el sentido cinematográfico del término, que es el amor a los secundarios, se apoya ante todo en su "estilo" personal de hacer el que les tocase en suerte, por pequeño que fuera. Hay actores imborrables sobre los que siempre nos cabrá una pequeña -pequeñísima, si prefieren- sospecha de que quizá fueron inferiores a los personajes que representaron (v.gr.: Humphrey Bogart). En cambio los buenos secundarios siempre son mayores que sus papeles y alguno como Claude Rains ha sido capaz de mostrar su estilo propio incluso haciendo de hombre invisible.

El secreto de John Carradine -es decir, la clave de su estilo- fue potenciar al máximo el coraje y también la amenaza que encierra la fragilidad. Delgado y alto, un poco encorvado,

constantemente parece a punto de romperse contra el oleaje de la realidad circundante. Sus personajes siempre son eminentemente "vulnerables", por eso tantas veces fue capaz de morirse inolvidablemente en escena. Si interpreta a alguien bondadoso, el espectador se identifica angustiosamente con él porque presiente que a cada paso se está jugando la vida; si su papel es maligno, los espectadores sentimos pánico porque está tan próximo a desintegrarse que no ha de tener reparo en llevarse a cualquiera con él a la tumba; y si su personaje es cómico, nos mata de la risa porque se diría desde que sale a escena que la risa de todos nosotros está a punto de matarle a él. Cabe recordar, por supuesto, que este escuálido moribundo vivió más de ochenta años y enterró a la mayoría de sus mejores compañeros de reparto...

Como sucede con la Virgen Santísima, que es una sola pero cada devoto reza a la advocación que le resulta más entrañable, también yo cultivo mi propio John Carradine preferido de los muchos posibles. Es el elegante jugador sureño, probablemente pistolero, sin duda ventajista pero depositario de una peculiar nobleza, que viaja en aquella inolvidable "Diligencia" de John Ford y que muere defendiéndola. Aquí se me cruzan dos idolatrías, la cinematográfica con la literaria, porque John Carradine en esa película se parece enormemente a los mejores daguerrotipos que conozco de otro de mis grandes amores, Robert Louis Stevenson: el rostro afilado y enérgico, con un leve toque soñador en los ojos, el bigote y la perilla, el cabello largo... Se trata de mera chaladura mía, pero cada vez que vuelvo a ver **La diligencia** (John Ford, 1939) -lo

que por motivos de higiene mental procuro hacer al menos una vez al año- me gusta suponer que el valiente RLS viaja en esa carroza épica y pelea a su favor contra la horda que la amenaza. Estoy seguro de que si el propio RLS hubiera podido cambiar su destino por otro habría elegido algo muy parecido...

Después de ese Carradine stevensoniano, le sigue en mis preferencias otro también de John Ford (¡qué casualidad, ejém!), el politicastro que lanza su arenga al final de **El hombre que mató a Liberty Valance** (1962) apoyándose en un puñado de hojas en blanco: "*traía un discurso preparado...*". Nunca he podido ver a ningún hombre público sacar su mazo de hojas para soltar la consabida soflama -y he aguantado varias- sin recordar la magistral truculencia de Carradine en aquella película... y añorar sus hojas en blanco. Por cierto, ¡qué estupendos actores de comedia, incluso qué grandes cómicos fueron los mejores intérpretes del cine de terror clásico: Carradine, Vincent Price, Boris Karloff, Peter Lorre...! El más entrañable homenaje que se les ha dedicado es la preciosa **Ed Wood** (1995), de Tim Burton.

En otra de sus muertes memorables, en **Johnny Guitar** (Nicholas Ray, 1954), también Carradine cae defendiendo a su dama, de la que es discreto y abnegado paladín. Durante la agonía mira a su alrededor y nota que todos los protagonistas se inclinan pendientes sobre él: "*Por fin todos se fijan en mí*", suspira con más ironía que vanidad. Estas líneas también han sido escritas para que nos fijemos otra vez en él, tan frágil, tan digno de admiración y cariño. Suerte para siempre, John.